

LA EXIGENCIA DE UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Presentación

Nuestra sociedad, como las demás del occidente, y en especial las europeas, ha venido experimentando un fuerte proceso de secularización. En este momento, la Iglesia nos invita a transmitir la fe en el Dios de Jesucristo con unos lenguajes nuevos, unos métodos nuevos, con *nuevo ardor*, y tomando en consideración los *nuevos escenarios* emergidos en nuestra sociedad, o bien en los escenarios de siempre con las transformaciones que se vienen operando en ellos. Se nombran así, los documentos de la iglesia de este tiempo: la economía, la cultura, la política, las migraciones, la ciencia y la tecnología, los nuevos modos de comunicar, así como las repercusiones que los cambios operados en estos escenarios tienen para la transmisión de la fe cristiana. Y también, en otro sentido se menciona la educación, la familia, el trabajo y la fiesta. En todos se nos invita a abrir de nuevo la puerta de la fe para que quienes los transitamos puedan reconocer la buena noticia de Jesús como palabra de esperanza, como oferta del amor de Dios en nuestras vidas.

Comienzo esta exposición con una breve descripción de lo que entendemos por secularización, y por el proceso que nos ha traído hasta el presente. En un segundo momento, invitaré a que haciéndonos eco de las palabras de Benedicto XVI el último día de su pontificado: “yo sólo soy un peregrino” nos adentramos en algunos caminos que atraviesan la *puerta de la fe*, y que los recorremos encontrándonos en ellos con nuestros contemporáneos.

1. El proceso de secularización

De muchos modos está afirmada la secularización como un hecho en los documentos acerca de la nueva evangelización. De manera sencilla y directa se dice: “somos cristianos que vivimos en un mundo secularizado”¹. Y se nos pide que no permanezcamos indiferentes ante este proceso de secularización

“Como cristianos, no podemos permanecer indiferentes ante el proceso de secularización: nos hallamos, efectivamente, en una situación similar a la de los

¹ Sínodo de la Nueva Evangelización (2012). Documento post sinodal. Proposición nº8 (en adelante SNE)

primeros cristianos, y en este sentido debemos considerarla tanto un reto como una posibilidad”².

“Uno de los rasgos singulares de nuestro tiempo ha sido confrontarse con el fenómeno del alejamiento de la fe, que se ha manifestado progresivamente en sociedades y culturas que desde hacía siglos parecían impregnadas por el Evangelio”.

Nuestra sociedad es una de ellas. Cada vez más, tenemos la experiencia de encontrarnos con personas en nuestros ambientes familiares, de amistad, el trabajo, para quienes el imaginario de lo religioso no tiene sustento en ninguna experiencia personal de cierta profundidad. La superficialidad, la banalidad muchas veces, han sabido traducirla algunos, en publicaciones de grandes tiradas que presentan la religión como unas creencias infantiles, contrarias al espíritu científico, o lo que es peor, como fuente de violencia y de represión de lo humano.

Preguntarnos cómo hemos llegado aquí es tomar conciencia del proceso de secularización vivido en nuestras sociedades occidentales. Hacerlo, nos ayudará a afrontar la pregunta de cómo transmitir la fe hoy.

En su libro *A Secular Age*³ se pregunta Charles Taylor, cómo explicar lo sucedido para que si bien en el año 1500 fuera poco menos que inconcebible que alguien se considerara ateo, en el 2000 pueda resultar trabajoso confesarse creyente en Dios, y en particular cristiano católico. La secularidad ha ido ganando terreno progresivamente y desplazando las creencias religiosas hacia otro tipo de creencias, a la vez que, la globalización y los fenómenos migratorios han hecho realidad el pluralismo religioso en contextos tradicionalmente cristianos.

1.1. Acepciones del término secularidad

En la respuesta que Taylor da a su pregunta, distingue tres acepciones de “secularidad”. La primera es una secularidad en términos de separación institucional de Iglesia y Estado, o lo que es lo mismo, un espacio público separado del espacio

² *Instrumentum Laboris* SNE n°8

³ CHARLES H. TAYLOR, (2007) *A Secular Age*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge-Massachusetts-London: 2007. pp. 25ss.

religioso. Las normas y principios propios de las deliberaciones públicas se han vaciado de cualquier referencia a una realidad última.

La segunda es la constitución de diferentes esferas que gozan de autonomía en relación con la esfera religiosa, y se apela a su propia racionalidad: la política, la economía, la ciencia,... La esfera religiosa pasa a ser un aspecto entre otros de la vida y pierde relevancia para configurar esos otros aspectos que se han hecho autónomos.

Un tercer significado de secularización, está caracterizado por las circunstancias en que se vive la fe en un Dios trascendente. Así, esas circunstancias que de algún modo marcan “las costumbres políticamente correctas” y que pugnan por convertirse en el *sentido común* de cada tiempo presente. Una sociedad puede ser secular en virtud de las condiciones para la experiencia de búsqueda de lo espiritual. Es una cuestión del contexto cultural, del contexto de comprensión en el cual tienen lugar nuestras experiencias de búsquedas morales, espirituales, religiosas. Es el paso de una sociedad donde la creencia en Dios no es cuestionada y no es problemática, a otro tipo de sociedad en la cual creer en Dios se ha convertido en una opción entre otras, y frecuentemente no la más fácil de abrazar.

Si en una sociedad tradicional, la participación en la tradición común era el modo de tener una identidad cristiana y eclesial, en una sociedad secularizada, la identidad se adquiere por adscripción libre, y más aún en una sociedad secularizada y posmoderna, la identidad cristiana se hace depender de las experiencias subjetivas de quienes se han puesto al tiro de tenerlas. Lo religioso es un fragmento más de la identidad posmoderna, no la fuente unifican que de la misma, pues la identidad posmoderna sólo sabe de contingencia. Este es uno de los factores que dificultan la acogida de la fe en un Dios trascendente. El sentido de la vida humana parece brotar en muchas fuentes, algunas construidas por el hombre mismo. Nos encontramos en una *edad secular* donde están vigentes simultáneamente los tres significados presentados.

En el largo proceso que ha conducido hasta aquí, son diversos los agentes que han contribuido a la erosión y transformación de la fe en un Dios personal.⁴ La ciencia y el desarrollo tecnológico han jugado un papel muy importante.

Benedicto XVI, con la maestría que le caracteriza para expresar sintéticamente las ideas, habla de:

⁴ Puede verse un estudio de otros aspectos en la obra ya citada de TAYLOR, Ch. (2007). También un análisis sintético de la intervención de Olegario González de Cardedal en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. (2010b).

“Causas complejas, que hunden sus raíces lejos en el tiempo y que han modificado profundamente la percepción de nuestro mundo”,

y menciona

“Los gigantescos progresos de la ciencia y de la técnica, en la ampliación de las posibilidades de vida y de los espacios de libertad individual, en los profundos cambios en el campo económico, en el proceso de mezclas de etnias y culturas causado por fenómenos migratorios masivos, en la creciente interdependencia entre los pueblos”.⁵(Motu P. creación del dicasterio).

Los documentos sinodales han recogido estas menciones y han hablado de *escenarios* de la nueva evangelización, como ya hemos dicho.

No puedo aquí recoger todos los aspectos, pero permítaseme decir una palabra sobre “los gigantescos progresos de la ciencia y de la técnica”, que contribuyen al proceso secularizado en tres órdenes distintos: el orden social, el orden natural y el orden moral.

Volvamos simbólicamente a la fecha del 1500 mencionada arriba. En ese tiempo, Dios estaba implicado en la *existencia misma de la sociedad*. La concepción del poder, la configuración de las diversas asociaciones de las que se componía la sociedad: parroquias, cofradías..., la misma configuración de los reinos, nada podía entenderse al margen de Dios. Todo estaba entretelado con rituales, de modo que efectivamente no se podía sino “encontrar a Dios en todas las cosas”.

Por otra parte, también el *orden natural* caía dentro de la esfera religiosa. Por expresarlo en lenguaje de la propia Biblia, “la naturaleza cantaba la gloria de Dios, y el firmamento era visto como obra de sus manos”.⁶ Los grandes autores de la ciencia moderna, Copérnico, Kepler, Galileo, Newton, mantuvieron las creencias en el Dios que se mostraba en unas obras, hechas por su Hacedor, inteligibles para el hombre.

Y a estos dos órdenes, el de la sociedad y el de la naturaleza, podemos todavía añadir un tercero, el *orden moral*. El mundo en el que las gentes vivían en aquellos albores de la edad moderna, del que recibían el sentido para orientar su vida moral, era

⁵ BENEDICTO XVI, Motu proprio de creación del Dicasterio sobre Nueva Evangelización.

⁶ Cf. Sal 18, 2-3.

un mundo “encantado”.⁷ Nos referimos a un mundo de espíritus, de demonios, de fuerzas morales, en el que las gentes vivían, a los que se atribuía triunfos y fracasos, enfermedades y muertes, traiciones y éxitos. El sentido común del tiempo contaba con todo ello. No era posible vivir experiencialmente con la propia conciencia confinada a un mundo donde espíritus, fuerzas, poderes, tiempos, hábitos, no hicieran su aparición, ellos estaban siempre allí formando parte del humus en el que se desarrollaba la vida moral.

Estos tres órdenes de cosas ponen las bases de un humanismo referido a Dios y articulan los conjuntos de creencias que dan el sustrato para orientar las decisiones morales de la vida cotidiana y de la vida heroica de la época. El proceso secularizador de la modernidad ha abarcado esos tres órdenes de cosas, en cuyo rompimiento, el desarrollo de la ciencia natural y, con ella, de la tecnología ha jugado un papel singular.

La ciencia opera un cambio radical en la comprensión del orden natural y, al hacerlo, arrastra consigo también el desencantamiento del mundo físico, al darnos una explicación naturalista del mismo. Las tormentas aparecen como fenómenos naturales, las enfermedades también, etc. Por otra parte, emerge una nueva relación entre la ciencia y la técnica. El carácter previo predictivo de la ciencia posibilita su aplicación a la transformación del mundo, de la naturaleza dada, de un modo insospechado hasta entonces. La tecnología viene a ser la técnica en la que se injerta el saber de la ciencia, y esta nueva realidad tiene una traducción en clave teológica: el restablecimiento del dominio del hombre sobre la creación, un dominio que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original. Francis Bacon supo ver el alcance de lo que estaba empezando a surgir.⁸

Benedicto XVI no duda en afirmar que en este proceso se da “un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la « redención ». Ahora, esta «redención », el restablecimiento del « paraíso » perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis”. No es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel –el de las

⁷ Este término, lo usa Max Weber al hablar de *desencantamiento del mundo* moderno, y nos sirve aquí para expresar lo que queremos decir.

⁸ Cf. BACON, F. (1627) *Novum Organon*.

realidades exclusivamente privadas y ultramundanas– al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos.⁹

En nuestro tiempo, la secularización en los tres órdenes dichos ha alcanzado unas cotas inconcebibles para quienes vivieron en aquellos tiempos en que se inició este proceso. Es un hecho la articulación social por el orden jurídico-político, que hoy reconocemos en un estado laico, también lo son el reconocimiento de la autonomía de la ciencia al estudiar las leyes de la naturaleza, y que la existencia de un orden moral instaurado por propuestas éticas que no precisan, para fundamentarse, de la religión y que limitan el horizonte de trascendencia a una solidaridad interhumana realizada en el ámbito de la mera contingencia.

Además de todo ello, en las últimas décadas nos estamos encontrando con un fenómeno nuevo, la globalización, y, con ella, el hecho del pluralismo: diferentes maneras de concebir el mundo, las relaciones humanas, la felicidad y la religión. Diferentes horizontes también para la esperanza, distintos criterios para dar razón de nuestros comportamientos morales, etc.

El pluralismo religioso, en particular, si bien constituye un claro mentís a las profecías que auguraban el fin de la religión, constituye también un desafío tanto en el interior de cada religión como para la propia sociedad ya secularizada en los tres órdenes dichos. Dice Habermas que:

“Desde la ética del estado liberal, sólo merecen el predicado de “rationales” aquellas comunidades religiosas que renuncian por propia convicción a imponer con violencia sus verdades de que y a forjar militantemente la conciencia de sus propios miembros (tanto más a manipularlos para que cometan atentados suicidas)”¹⁰.

Baste aquí dejar mencionada esta cuestión, de gran importancia por otra parte, pues nos obliga a confrontarnos con preguntas de respuestas fáciles: en sociedades democráticas, ¿la libertad religiosa significa que todas las religiones merecen el mismo trato? ¿Caben restricciones para algunas manifestaciones sociales llevadas a cabo en nombre de las religiones? En estos días, una cuestión sobre el burka ha sido objeto de una sentencia judicial.

⁹ Cf. BENEDICTO XVI (2007) *Spes Salvi*. n°15ss.

¹⁰ J. HABERMAS (2002) *Creer y saber*, en *El futuro de la naturaleza humana*, Paidós, Barcelona, p.132.

Por otra parte, los conocimientos proporcionados por la ciencia y la tecnología se han constituido en el núcleo, no sólo en el envoltorio, del *sentido común* generalizado, cuestionando la pretensión de conocimiento de afirmaciones provenientes de otros campos y en particular de la religión. Se han constituido en la esperanza “para el restablecimiento del paraíso perdido”. La felicidad se presenta como algo alcanzable, por ejemplo, mediante la supresión del dolor físico o psíquico, cuyo logro se remite a la posibilidad de obtener nuevos logros de ingeniería genética, tratamientos médicos o farmacológicos. Felicidad y bienestar parecen haberse olvidado de la complejidad del espíritu humano.

2. La secularización como posibilidad: Una invitación a ser Peregrinos.

En este tiempo, los buscadores de Dios somos peregrinos en las condiciones que hemos apuntado, que en parte son heredadas y en parte construimos.

En el norte de España, los peregrinos forman parte del paisaje. Mi pueblo natal Es un pueblo del camino de Santiago y cada mañana de verano se puede contemplar el paso incesante de peregrinos que, ligeros de equipaje, solos o en pequeños grupos, caminan adecuando sus ritmos al ritmo de la naturaleza, con el rostro curtido por el sol y por el aire. Permanecer en el camino, porque la búsqueda continua es un ejercicio de salir de sí para ir a un encuentro allí donde Dios se ha manifestado. La metáfora del peregrino, según la prestigiosa investigadora francesa de sociología de la religión Françoise Legeur-Herveur, es también considerada una de las más significativas por los jóvenes que buscan una identidad religiosa.

Los laicos estamos llamados a hacer nuestra peregrinación interior, la que conduce a través de la fe, la esperanza y el amor, a hacer transparente Jesucristo para el mundo, mostrando cómo en la Iglesia, ese abrazo de Dios, los seres humanos aprendemos a abrazarnos entre nosotros, a hacernos custodios los unos de los otros y de toda la creación. En este año de la fe, podemos animarnos entre nosotros para realizar algunas de las peregrinaciones que propongo a continuación, y participar así activamente, en una nueva evangelización, aligerando nuestro equipaje, poniéndonos en camino, buscando a veces y acogiendo otras, a los compañeros de viaje. Un modo

también de contribuir a dar concreción a esa cultura del encuentro, tantas veces mencionada recientemente por el papa Francisco.

Por eso propongo acercarnos a la invitación que se nos ha hecho a los católicos de iniciar una nueva evangelización, aligerando nuestro equipaje y poniéndonos en camino, buscando la ruta y los compañeros de viaje para peregrinar.

2.1. Peregrinación de la solidaridad, la compasión, la justicia y la paz

En este mundo inacabado y siempre en devenir, el laico participa de la acción de Dios de múltiples maneras. El cuidado de la naturaleza, el cuidado de la vida diaria de las personas débiles, la rutina de preparar cada día las condiciones básicas para seguir viviendo, o la fabricación con la fuerza de su inteligencia de nuevos espacios que mejoren las condiciones de vida humana, disminuyendo el hambre, posibilitando mejores viviendas, protegiendo los pies con mejores zapatos, o construyendo vías de comunicación y nuevos artefactos. También creando objetos bellos, poblando el mundo de objetos de arte, y promoviendo espacios de realización de la libertad humana.

Esto supone una tensión saludable que se nutre de la lucidez de quienes se han sentido de algún modo iluminados por la santidad de Dios, y precisamente por ello perciben la distancia del modo como los seres humanos nos tratamos entre nosotros, y el modo como somos amados por Dios. Esta distancia traducida en situaciones de desigualdad e injusticia llena de sufrimiento los rincones de nuestro mundo. Tensión saludable para el camino espiritual de quien accede cada día a las dos experiencias polares del vivir humano: el sobrecogimiento de la santidad de Dios que nos envuelve, amor, belleza como verdad, con entrañas de misericordia, y por otro lado, el también misterio profundo del sufrimiento humano.

Poner en conexión esos dos polos en la propia vida, en las condiciones cotidianas, es tarea siempre abierta, pues la experiencia del amor y de la misericordia, abre a un mundo de sanación de soledades, de sufrimientos, donde la compasión y la gratuidad van por delante de los intereses de poder o del mero egoísmo.

Ofrecer el Evangelio en un mundo así nos abre a peregrinar por caminos donde la solidaridad, la justicia y la paz, tanto en la esfera de las microrelaciones, como las

amistades, la familia, el pequeño grupo, como también las macro relaciones, las relaciones sociales económicas y políticas¹¹.

Entre las múltiples perspectivas que podrían adoptarse para desarrollar este punto, quiero enunciar tres:

1. El peregrino que recorre este camino lo hace con la certeza interior de que la fe cristiana, y con ella la caridad que le es inseparable, encierra un poder transformador de la sociedad y de la historia.

La ciencia y la tecnología han llegado a constituir en el imaginario de muchos el único camino del progreso. Sin embargo, basta detener la mirada en los resultados de las guerras del último siglo, para darse cuenta de que los extraordinarios avances de los científicos logrados en ellas, estuvieron al servicio de la destrucción y de la violencia, aunque posteriormente hayan contribuido a grandes mejoras para la vida humana.

También podemos mirar el expolio de las mejores reservas de la naturaleza al servicio de los modelos de desarrollo ultra capitalistas y considerar como éstas nos en una senda en la que empezamos a comprender el auténtico desarrollo proviene de compartir los bienes y recursos, y no se asegura sólo por el progreso técnico meras relaciones de conveniencia, sino con la fuerza del amor que vence al mal con el bien (cf. *Rm 12,21*) y abre la conciencia del ser humano a relaciones recíprocas de libertad y de responsabilidad. Afirmaciones que en nuestro momento presente se nos presentan como faros que iluminan la búsqueda de caminos nuevos por donde transitar con dignidad.

*2.El peregrino que recorre este camino encuentra en la perspectiva de la caridad en la verdad una **propuesta de ética de máximos**.*

Hablamos de *ética de máximos*, por usar una expresión de la profesora Adela Cortina, ya generalizada entre nosotros, para significar que desde la tradición moral católica podemos ofrecer nuestra contribución a la articulación de una sociedad civil solidaria con los ciudadanos que la integran y con aquellos otros que viviendo en otras latitudes llaman a sus puertas. Es una perspectiva que se convierte en instancia de lucidez para los diálogos con otras tradiciones y propuestas.

¹¹ Cfr. BENEDICTO XVI: *Cáritas in Veritate*, n°2

La opción de la sociedad, cuando se busca hacer operativos los conocimientos de las ciencias en diálogo con otros saberes para construir un desarrollo humano de alcance universal, sucede que la calidad queda excluida de los proyectos y procesos que resultan¹². En nuestra experiencia habitual la irrelevancia de la caridad para interpretar y orientar responsabilidades morales es un hecho constatable en ámbitos como el jurídico, el cultural, el político y el económico. En esta peregrinación de la solidaridad encontramos ya algunas iniciativas que buscan dar forma a una economía de comunión o a una banca ética, por mencionar sólo algunos ejemplos que apuntan a otros horizontes¹³.

3. La tercera perspectiva se refiere a la administración y el cuidado de la creación.

Esta perspectiva reflejada en el n° 56 del documento de propuestas sinodales en la que solidaridad y justicia están contemplados desde la perspectiva de la administración de la creación. Dice este documento que:

“La administración de la creación sirve también a la evangelización de diferentes maneras. Es un testimonio de nuestra fe en la bondad de la creación divina; demuestra un sentido de solidaridad con cuantos dependen, para su vida y sustento, de los bienes de la creación; muestra una solidaridad intergeneracional con nuestros sucesores, y testimonia claramente un uso responsable y equitativo de los bienes de la tierra, nuestra casa común”.¹⁴

La sensibilidad de nuestro tiempo hacia los factores del cuidado de la tierra y del medio ambiente es fruto en buena medida de los conocimientos surgidos a raíz de las consecuencias devastadoras de un uso irrestricto de la tecnología en los proyectos en los que el beneficio era el primer objetivo. Y es por eso que la contribución a la buena administración de la creación tiene dimensiones múltiples: desde la vida cotidiana cuidando los reciclajes de los bienes de uso, hasta el empeño en políticas de investigación que tome en consideración del llamado *principio de precaución* e incluyan entre los objetivos prioritarios evitar consecuencias no deseables para la Naturaleza. Es lo que un autor ha llamado *ciencia reflexiva*.

¹² Ibidem n° 4

¹³ Ibidem n° 2.

¹⁴ SNE n° 56.

La transformación de nuestras estructuras nunca del todo justas, la educación de los niños y jóvenes abriéndoles estos horizontes y estas perspectivas, la compasión activa con los que sufren, la solidaridad cercana con quienes padecen la exclusión, hacen que *el «mundo» se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana* y de la trasmisión de la fe en la palabra y en la vida de cada cristiano.

2. Peregrinación de la razón¹⁵

A menudo, vivir en una cultura secularizada y en una sociedad plural genera dudas que causan un fuerte escepticismo y confronta los cristianos con nuevos paradigmas de pensamiento y de vida, con nuevos humanismos ajenos a la fe. De ahí que entre los caminos que se nos abren para recorrer con la actitud del peregrino, está el de la razón.

En esta peregrinación de la razón, se abre ante nosotros un amplio horizonte. Comencemos afirmando que la conciencia religiosa tiene que asimilar, también en el nivel del conocimiento y no sólo en el del sentimiento o en los gestos que podamos realizar, el encuentro con otras religiones. Una tarea lenta y ya iniciada por los teólogos, pero que tiene que permear en los laicos. Una tarea de cuyos frutos nos alimentaremos, de modo casi imperceptible, hasta operarse transformaciones en nuestro imaginario, que aún no hace mucho hubiéramos considerado inconcebibles.

Este fenómeno de la presencia del pluralismo religioso en nuestra sociedad abre a los laicos un segundo imperativo: la exigencia de una mejor y más honda comprensión respecto de la laicidad del Estado. Se requiere el esfuerzo de la reflexión informada y desapasionada para comprender y hacer valer con argumentos racionales que las premisas de los estados constitucionales basadas en una moral laica, no tienen por qué estar cerradas al reconocimiento de nuevas cuotas de humanidad que puedan estar contenidas en las propuestas éticas de la religiones, en particular en nuestro caso del cristianismo.

A estas dos vías de avance se añade una tercera, cuya importancia y urgencia no necesita justificación. En esta peregrinación nos hacemos conscientes de que el aire que

¹⁵ Así describe el filósofo británico Anthony Flew su trayectoria intelectual y vital de búsqueda de la verdad que le ha llevado de ser el ateo más famoso de Oxford a confesar públicamente que no ve dificultad racional alguna para afirmar la existencia de Dios. Véase su libro: ANTONY FLEW, *Dios existe*. Editorial Trotta, Madrid 2012 p. 90. (Original 2007)

respiramos está impregnado de la convicción de que la autoridad de las ciencias y de la tecnología constituye el monopolio del saber terrenal. Diré algo más concreto sobre este último aspecto.

Se ha hecho ya popular la expresión NUEVO ATEÍSMO para hablar de la campaña militante de algunos autores, entre ellos algunos científicos, que proclaman la incompatibilidad de la fe y la razón, en particular de la ciencia y la razón. Los libros en los que exponen sus ideas están siendo auténticos *best sellers*. No es este lugar para dar cuenta de las tesis de estos autores, pero baste decir que en ellos se proclama que lo único de lo que podemos afirmar existencia es de aquello que es susceptible de ser conocido mediante el método científico. De este modo de la existencia de Dios, que no es científicamente refutable, sólo se puede afirmar: “probablemente Dios no existe.

Esta naturalización de todo lo que hay está en el corazón de muchas propuestas de espiritualidad actuales. No es infrecuente encontrar invitaciones al cultivo de la dimensión espiritual humana hecho al margen de Dios, que permite hablar de un humanismo que reconoce en el hombre una dimensión de trascendencia no referida a Dios.

La relevancia de este discurso se presenta hoy bajo dos perspectivas principales que nos afectan muy directamente en la vida cotidiana y respecto de las cuales, a los laicos se nos pide especial lucidez, como nos recuerda el Sínodo sobre la Nueva Evangelización:

“No solo es necesario mostrar que la fe no se opone a la razón, sino destacar también varias verdades y realidades que forman parte de una correcta antropología iluminada por la razón natural”¹⁶.

En esa misma proposición se habla de la necesidad de elaborar: “una teología de la credibilidad que resulte adecuada para una Nueva Evangelización” y se mencionan el *derecho natural* y la *naturaleza humana*, como conceptos que necesitan ser recreados pero no perdidos. El debate contemporáneo sobre la *naturaleza humana*, con profundas raíces filosóficas, se manifiesta hoy bajo dos perspectivas principales:

En primer lugar la de aquellos que redefiniendo nuevamente la posición del ser humano en su relación con la realidad, defienden una completa naturalización del concepto y le buscan acomodo en los nuevos marcos conceptuales que proporcionan los espectaculares avances en los desarrollos tecnocientíficos de las TICs, la Neurociencia y

¹⁶ SNE proposición n° 17

la Biotecnología. En ocasiones y como extremo reduccionista, este reacomodo del concepto llega simplemente a la negación de la pertinencia de la noción misma de *naturaleza humana*, haciéndola desaparecer así como estancia normativa, como ya hemos indicado, y justificando la intervención técnica sobre ella, sin apelar a la ética, pues le resulta suficiente el deseo de una supuesta mayoría y el éxito del mercado.

En segundo lugar, la de aquellos que defienden la permanencia del del carácter singular de la realidad humana, y la convicción de existencia de algún tipo de componentes normativos en ella.

Son precisamente las nuevas posibilidades de intervención e incidencia en los seres humanos abiertas por las nuevas áreas de científico-técnicas, las que hacen que este debate tenga una importancia no sólo teórica, sino que sea de gran trascendencia práctica. Sirvan dos ejemplos concretos:

En las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), la nueva época inaugurada por la Web 3.0 o Web Semántica, configura un nuevo ecosistema, conocido como *infoesfera*, de relación entre seres humanos y máquinas alrededor del concepto de agentes de información. Algunos le han dado la bienvenida como la *Cuarta Revolución del Conocimiento*, tras las de Copérnico, Darwin y Freud. En este nuevo contexto la frontera entre vida online y vida offline se disuelve y la interacción humana es guiada cada vez más por máquinas sociales que gestionan y condicionan nuestro conocimiento y opinión. En la *infoesfera*, agentes artificiales y agentes orgánicos (inforgs) tienen el mismo estatuto y naturaleza como *prosumidores* de información. En la *infoesfera*, la naturaleza humana se redimensiona: desde las cosas cotidianas, como la forma en la que nos comunicamos, nos definimos, nos divertimos, etc., hasta los grandes conceptos de identidad, libertad, felicidad, etc.

El segundo ejemplo podemos encontrarlo en la Biotecnología. En Bioética es fundamental la reflexión que venimos proponiendo para pensar temas como las Técnicas de Reproducción Humana Asistida, la manipulación genética, la clonación o el aborto. En concreto, la lucidez que requiere vivir como ciudadanos cristianos en el presente, nos exige pensar a fondo el tema de la intervención técnica sobre la vida humana, y en particular en sus comienzos, en la vida frágil que se está constituyendo. Tanto la negación de la *naturaleza humana* como la naturalización de la misma proporcionan una perspectiva meramente biológica al nacer, el enfermar y el morir, que

dejan fuera la dimensión religiosa y privan por ello a los seres humanos de su apertura a la acción de Dios en sus vidas.

Este estado de cosas hace comprensible la preocupación expresada por el sínodo que mencionábamos anteriormente. Y a todo lo dicho, hay que añadir otro aspecto de este vasto peregrinar de la razón en nuestro tiempo, que sólo enunciaré. Y es la urgencia por vincular los proyectos de la ciencia y la tecnología con el servicio a la dignidad de los hombres y el verdadero desarrollo de los pueblos. Decía Benedicto XVI en un discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias:

“El resultado positivo de la ciencia del siglo XXI seguramente dependerá en gran medida de la capacidad del científico de buscar la verdad y de aplicar los descubrimientos de una manera que va de la mano con la búsqueda de lo que es justo y bueno”¹⁷.

Estas palabras del Papa emérito nos sitúan en un horizonte para la ciencia donde la propuesta de fines se hace indisociable de la ideación de los medios. Una orientación de las relaciones entre la ciencia y la fe cristiana que abre algunas preguntas nuevas, como la contribución de cada ciencia a la integración y no a la fragmentación de la cultura humana o la contribución de ambas al progreso integral del hombre y al desarrollo de los pueblos. Y esto tiene una traducción muy concreta no sólo en la investigación con la docencia, sino también en la política científica y en la vida profesional de los laicos cristianos. Hay mucho que investigar para disminuir el sufrimiento, para erradicar el hambre, para *custodiar* el legado de la naturaleza- por usar un término del papa Francisco-, para aproximar a los seres humanos. Y todo ello es un modo de sembrar la semilla de la fraternidad en los corazones para que alienten ellos la esperanza.¹⁸

3. Peregrinación del silencio.

Nuestra sociedad del hacer deprisa, de los decibelios altos y del ruido ambiental no es a primera vista el ámbito en el que el silencio sea expresión de buena noticia. Pero una mirada un poco más profunda descubrirá enseguida que la sed de silencio está

¹⁷ BENEDICTO XVI. *Discurso a la Academia Pontificia de las Ciencias* 31/10/2008.

¹⁸ cfr. BENEDICTO XVI en el Angelus. Barcelona 7/11/2010

siendo más fuerte que la necesidad de agua para los habitantes del desierto. Algunos monasterios y lugares de retiro podrían contar muchas historias al respecto.

Estamos invitados a tomarnos en serio, en nuestra vida cotidiana, la afirmación del documento que venimos citando:

“El agente principal de la evangelización es el Espíritu Santo, que abre los corazones y los convierte a Dios”.¹⁹

Para ello, constatamos cómo una de las exigencias de la nueva evangelización la invitación al silencio, la peregrinación del silencio. Pues el Espíritu enviado por Jesús no es un huracán que se puede percibir en el ruido; actúa como la brisa que para sentirla necesitamos silencio y una situación interior adecuada. La acción del espíritu Santo requiere de nosotros un proceso de atención, no sólo en el retiro ocasional y en la oración, sino en la dinámica ordinaria de las relaciones para hacernos conscientes de que el otro, los otros, como nosotros mismos, somos “obra de arte de Dios”, en expresión de la carta de Pablo a los Efesios. Pues ese proceso de atención no es otra cosa que el reconocimiento de la presencia real del otro, de la presencia real de Dios en ese encuentro o relación. La *soledad sonora* nos posibilita percibir la *música callada*, el sonido rítmico producido por la fuente *que mana y corre*, la Presencia amorosa del Espíritu de Dios.

El cultivo del silencio posibilita la relación de amistad “con quien sabemos nos ama”, en palabras de Teresa de Jesús, el mejor crisol donde se cultiva la dimensión del ser, la que hacer transparente el barro. La oración es, sí, un lugar privilegiado para acoger e interiorizar, para nombrar las realidades con palabras sacadas del fondo común de la Palabra que nos han sido regalada y que genera comunión entre los cristianos.

La palabra *ruach*, en el Antiguo Testamento significa “espíritu” y está asociada a un poder inherente al ser humano, pero no tanto en cuanto su fuerza vital, cuanto en su ser persona. Podemos preguntarnos ¿cuál es el poder que recibimos el Espíritu de Dios cuando acogemos, en el silencio, su presencia? ¿En qué consiste ese poder que lleva consigo el anuncio de la presencia del resucitado? Ese poder se expresa en la comunión, es ese *entre* que genera el Espíritu y que renueva las relaciones entre los seres humanos. El Espíritu *yace entre*, haciendo a la vez real la separación y la unión. Yo

¹⁹ SNE proposición 36

reconozco la alteridad del otro y reconozco a la vez la comunicación entre el otro y yo mismo.

Ese poder se expresa también en un plus de consciencia que nos abre los ojos a los otros, a sus circunstancias de vida, que nos hace ver lo que no habíamos visto antes, generando así posibilidades inéditas de crecimiento y desarrollo humano. Pero la capacidad de ver nos hace vulnerables y es tentación cerrarnos a ella y cubrirnos con una capa tejida con hilos de insensibilidad.

El Espíritu de Dios hizo del hombre Jesús, la persona más consciente y sensible y abierta a los seres humanos que jamás haya vivido, y la persona habitada plenamente por el Espíritu de Dios reclamaba en su interior *abba Padre*. Por eso, el poder del Espíritu Santo se expresa también como visión, como capacidad para ver lo que antes era un opaco a nuestra mirada y sensibilidad.

Un tercer modo de vitalizar nuestras personas por parte del espíritu de Dios en esta peregrinación de silencio, es introducirnos en un proceso por el cual, en palabras de un autor español, nos hace “barro transparente”. Un modo poético de decir lo afirmado en el documento preparatorio del sínodo sobre la nueva evangelización:

“La evangelización consiste en el ofrecimiento del Evangelio que transfigura al hombre, a su mundo y a su historia”.²⁰

El Espíritu de Jesús nos transforma de manera que otros, al vernos, pueden ir más allá de nosotros mismos. Nos hace símbolos que remiten a una Realidad más allá de ellos, ir más allá de los límites del pensar convencional y alcanzar la apertura a la trascendencia y a Dios. Nos transforma en sacramentos del resucitado.

San Pedro Poveda pedía a los miembros de la Institución Teresiana, por él fundada, que vivieran su laicidad siendo “comunes en lo exterior y singulares con la singularidad del espíritu de Cristo en su interior”, es decir personas capaces de transparentar en las condiciones ordinarias de la vida, en el ejercicio de sus trabajos, de sus responsabilidades, el gran tesoro del espíritu de Cristo. No se trata de la grandeza de las obras, sino de la calidad de vida unificada, integrada, del sujeto que la realiza. Es el espíritu quien da brillo a la obra, que hace del cristiano transparencia viviente del

²⁰ SNE IL n° 31

misterio. Hombres y mujeres de Dios, hombres y mujeres que han visto a Dios y en quienes en el barro es un poco menos opaco porque se hace un poco más transparente.

Nuestro tiempo reclama del evangelizador el cultivo de un modo de vivir capaz de transformar el plural de la abundancia de ofertas y de experiencias y de reclamos del entorno, al singular de una intensidad centrada en el corazón, en el hombre interior, de donde brotan los pensamientos, las decisiones, las pasiones, los mejores sentimientos. Algo que sólo puede hacerse en el silencio. La dinámica de la oración y la vivencia y acompañamiento del sufrimiento desde ese núcleo interior, hace posible la transparencia de la esperanza y da la fuerza para resistir la dureza de la vida.

Año de la fe estamos invitados a situarnos como peregrinos en los diversos caminos que he nombrado y quizás en otros, que cada uno pueda reconocer y poner nombre. Son caminos que nos hacen avanzar hacia esa cultura del encuentro a la que de tantas maneras nos está invitando el Papa Francisco.

Camino Cañón Loyes

Presidenta del Foro de Laicos de España

